

## Prólogo

**E**l mar se extendía como un paisaje infinito, frío y gris. Como si de acero rodante se tratara, en continuo movimiento, con alguna que otra ola coronada por espuma cuando esta rompía en algún elemento del fondo del mar. Desde allí *miss* Vinderfelt podía ver las gaviotas jugando al pillapilla en el cielo, por encima del horizonte. Estaba sentada en una silla de ruedas de hierro que chirriaba cada vez que avanzaba un poco para respirar el olor a mar.

—Me pregunto si él vendrá —masculló—. ¿Vendrá algún día?

Se ajustó el chal que llevaba sobre los hombros para protegerse del frío, en la mano arrugada sostenía con fuerza un viejo rollo de pergamino. La mirada vagaba hacia la aglomeración de los edificios y las calles que quedaban mucho más abajo y hacia los cientos de figuras grises que avanzaban en filas ordenadas. Cargaban piedras pesadas, sacos de cemento y vigas de hierro. Sin decir una sola palabra subían escaleras y caminaban por calles resbaladizas, sin dejar de subir y adentrándose en la niebla. Y desde allí arriba, más allá de lo que *miss* Vinderfelt alcanzaba a ver, se oía el ruido de martillazos implacables, infinitos, que resonaban a través del aire pesado.

## Capítulo 1



Un halo de luz cálido se propagaba en el taller y la lluvia tranquila repiqueteaba contra la ventana. Alfred desenrolló el mensaje, parSimónioso. Era de pergamino y parecía bastante viejo y ajado. Un poco de agua se había filtrado en el recipiente y había borrado parte del texto. Levantó la mirada hacia los amigos que le observaban: Timmy, que prácticamente se le subía encima de la emoción, Simón y Flores de pie frente a él le miraban con ojos curiosos, Jasper y Kasper que estaban sentados sobre una mesa con las piernas cruzadas, libretas en mano.

A los primos Gribble les tocaba hacer guardia y ya habían salido, caminando pesadamente sobre los tejados, a cumplir su turno. Como siempre se habían visto obligados a ayudarse de escaleras para subir, dado su peso y el grosor de sus cuellos.

Esa tarde, un poco antes, había llovido aún más de lo que llovía ahora. Los amigos volvieron calados de la patrulla nocturna, hablando excitados, interrumpiéndose los unos a los otros sobre el pájaro que había caído del cielo y



el mensaje que este llevaba consigo —el mensaje con el nombre de Alfred escrito.

Simón se llevó al pájaro dormido en sus brazos y encontró un pequeño lugar para él en uno de los trasteros. Le acostó y con cuidado le acarició las plumas y puso nombre: Kurt. Tras haber bebido un poco de té bien cargado para entrar en calor, los amigos se reunieron en el amplio taller donde Alfred sostenía el pergamino ante sus ojos. Lo levantó para acercarlo a la luz y frunció el ceño.

—¿Y? —preguntó Timmy.

Todos miraron a Alfred. Este dejó pasar unos segundos antes de responder.

—Pues —, dijo lentamente—. Es una criptografía. Y además el agua la ha dañado mucho.

—¿Una criptografía?

—Sí, está escrito en algún tipo de código.

—¿Un código? —Timmy no cabía en sí mismo de curiosidad. Tanto Jasper como Kasper apuntaron frenéticos en las libretas al oír lo que contaba Alfred. Descifrar códigos podría haber sido una de las tareas preferidas de los hermanos, pero no lo habían hecho antes, y esto era seguramente lo que explicaba que nunca hubieran conseguido descifrar uno. Ahora calculaban las posibilidades de éxito teniendo en cuenta el grosor del pergamino y su ángulo frente a la luz. Parecía prometedor. Timmy se inclinó para acercarse.

—Y qué, ¿lo puedes leer? ¡Dinos que sí puedes leerlo!  
Alfred suspiró.



—No.

—¿No? —ahora era Timmy el que suspiraba.

—Al menos no por ahora. Tengo que consultar mis libros viejos, ver si puedo encontrar alguna pista.

Timmy se sintió desanimado. Los demás estaban allí sentados, decepcionados. Alfred observó de nuevo el trozo de pergamino, esta vez con un poco más de minuciosidad. Pasó el pulgar por un emblema que había en la parte superior. Lo que en un primer momento le había parecido una mancha se revelaba ahora más como un símbolo de algún tipo. Era una hoja roja con siete puntas colocadas sobre un monstruo marino. Y eso le refrescó la memoria.

—Hm —masculló.

Timmy alzó la mirada.

—¿Qué?

—Este símbolo. Me suena...

—¿Te suena?

—Pero no recuerdo donde lo he visto...

Alfred caminó despacio hasta la habitación siguiente sin mediar palabra. Los amigos sentían ahora tanta curiosidad que solo podían estar sentados, inmóviles. Se asentían los unos a los otros en silencio y esperaban ansiosos que Alfred volviera. Desde la habitación contigua se oía el ruido de libros pesados que Alfred movía de un lado a otro al tiempo que rebuscaba entre los cajones de las cómodas y abría y cerraba cajas de cartón. Cuando finalmente volvió a la estancia arrastrando los pasos los amigos no se habían movido ni un milímetro o pronunciado una sola palabra. Alfred reaccionó a este hecho levantando una ceja y gruñó en voz tan baja que apenas se le oyó.

En el regazo lleva un chisme grande y con forma cilíndrica. Enrollados a su alrededor había cables y conductos de cobre y tenía muchos botones y palancas. Una pluma conectada a uno de los lados colgaba sobre un trozo de papel que salía deslizándose de la máquina. En la parte delantera había algo que parecía una lupa.

—¿Qué es eso? —dijo Flores.

—Pues —empezó Alfred— es algo que fabriqué hace ya mucho tiempo, para un viajero de negocios si no recuerdo mal. O para un teólogo. O quizás era escritor... Sea como sea, esta persona necesitaba poder leer muchos idiomas diferentes, eso me dijo, para contratos y cosas así, supongo. Así que un día vino a mi tienda y me encargó esta

máquina, pero nunca volvió a recogerla. Todo fue bastante raro, porque no fue barata de fabricar y él lo pagó todo por adelantado. Nunca le volví a ver después de aquello. Hace, de hecho, más de veinte años así que es de suponer que no volverá nunca a buscarlo.

Alfred colocó la máquina sobre la mesa de trabajo y le sacó con el dedo una gruesa capa de polvo. Se sentó y empezó a colocar bien algunos de los cables y revisó que todo estaba bien enganchado. Timmy y el resto de los amigos se reunieron a su alrededor.

—Es un cabrilador —empezó Alfred— una máquina de traducción automática. Nunca la he probado con una criptografía, claro. De hecho, es la primera vez que la saco desde que la construí.

Jasper y Kasper estudiaron la máquina a conciencia y después compararon algunas notas de las libretas. Eran totalmente diferentes y cuando estaban a punto de empezar a pelearse Timmy les interrumpió:

—¿Cómo funciona?  
—preguntó.



—Pues mira, se coloca el texto original aquí, bajo la lente... ¿Me sigues? Luego se colocan los mandos de una manera especial y hecho esto tiene que salir la traducción por el otro lado, escrita de manera automática con la pluma sobre este rollo de papel. En el idioma que uno elija, claro.

—¿Y cuánto tiempo tarda en hacerlo? —le preguntó Simón.

—Pues para ser sincero, no lo sé. Depende en parte del nivel de complejidad del texto, en parte de la antigüedad del texto y el espesor de la tinta.

Miró a su alrededor, por la habitación.

—¿Lo vamos a probar?

Todos asintieron a la vez. Alfred colocó el rollo de pergamino bajo la lente. Apretó el interruptor y la máquina se puso en marcha en seguida. Pequeñas luces empezaron a parpadear dentro de ella, como si fuera del todo nueva. Primero emitió un ruido, un golpe sordo y después la lente empezó a moverse sobre el texto como si lo escaneara y lo examinara. Pronto empezó a oírse un sonido mecánico, una serie de “clics” desde el interior del aparato y la pluma al otro lado hizo la primera marca en el rollo de papel. Timmy se apresuró a acercarse para ver lo que era. Puso cara de desconcierto.

Era solo un punto.

Mientras miraba el papel se movió y apareció otro punto un poco más lejos del primero. Y luego un tercero un poco más allá de los dos primeros.





—Parece que es una especie de lengua de puntos —murmuró.

Alfred se inclinó hacia adelante para mirar.

—Hm...no, la configuración es la correcta, pero puede ser que no haga las cosas en el orden correcto. Creo que esto va a llevar su tiempo. Quizás debemos dormir un poco mientras la máquina trabaja. Es muy tarde.

Flores iba ya hacia una de las habitaciones interiores para encontrar un sitio donde hacerse un ovillo, pero Timmy no estaba del todo listo para acostarse aún. No cuando se estaban cocinando cosas tan emocionantes. ¿Qué podía decir aquel misterioso mensaje? ¿De quién era? Una nueva aventura estaba en camino, lo sentía.

Cuando el cansancio al final venció a Timmy y caminaba por los pasillos sinuosos oyó un sonido extraño. Se paró y aguzó el oído en la penumbra para intentar averiguar lo que era y de dónde venía. Sonaba como un suave y rítmico ronroneo, casi como un débil pitido desde uno de los trasteros. Miró adentro sorprendido. Alguna cosa se movía allí, como una sombra que se desplazaba arriba y abajo y emitía aquel extraño sonido. Poco después entendió de qué se trataba: era Kurt, que dormía y roncaba.

Con cuidado arropó al pequeño pájaro. Timmy le observó mientras yacía bajo una manta que Simón había encontrado. Un resplandor de la tenue luz de la luna le iluminó el pico.

—Hola Kurt —susurró Timmy—. ¿De dónde eres? ¿Qué pone en ese mensaje?

Pero Kurt no respondía. Y seguía roncando. Timmy estaba a punto de marcharse de allí cuando Simón apareció de repente a su lado. Se asustó y dio un salto.

—¿Hola? —dijo Timmy.

—No es una casualidad, ¿a qué no? —dijo Simón en voz baja.

—¿El qué?

—Que Kurt nos encontrara. Con ese mensaje. Ponga lo que ponga en él. —No. Llevaba el nombre de Alfred.

Simón miraba de pie el pájaro que roncaba mientras se pasaba la pata por el pelaje.

—Parece que tenemos una nueva misión en ciernes —dijo al final.



Timmy asintió.

—¿Qué te parece, esta vez llevaremos una cinta en la frente o no?

Los dos sonrieron y dijeron a la vez:

—Cinta en la frente. ¡Sin duda!

Ahogaron una carcajada y Kurt hizo lo mismo en sueños. Timmy agarró a Simón del brazo. —Va, vamos a dormir un poco y ya veremos lo que pasa mañana.

Los dos amigos se alejaron. Ambos encontraron un lugar donde acostarse y al poco rato se habían dormido.

\* \* \*

Un sonido lejano se metió en los sueños de Timmy, como un juego de campanillas que suavemente le fluía hacia el subconsciente. Cada vez se hacía más fuerte y poco a poco le sacó del mundo de los sueños hasta que se le abrieron



los ojos y se sentó. Parpadeó soñoliento, desenroscó la cola y orientó las orejas hacia el ruido. Era el de una campana, flojo, pero claro, que sonaba desde el gran taller. Era allí donde estaba el cabrilador. Saltó al suelo, de repente completamente despierto y empezó a caminar hacia el sonido. Al pasar por una ventana constató que aún era de noche y que el cielo encima de los tejados era azul oscuro.

El sonido se hacía más fuerte a medida que se acercaba y cuando entró en el taller vio que Alfred ya estaba allí. Estaba inclinado sobre el cabrilador mientras palpaba buscando el botón de parada. Cuando lo encontró la campana dejó de sonar de repente, cosa que hizo que la estancia se viera sumida en un silencio estremecedor. Alfred levantó la mirada y vio a Timmy en la abertura de la puerta, le asintió y dirigió de nuevo la atención hacia el rollo de papel que iba cayendo al suelo en una espiral. Lo alzó y lo sujetó entre los dedos, tirando, mientras lo miraba. Timmy intentaba juzgar su reacción, pero parecía que una gran ristra de sentimientos fluía por el cuerpo de Alfred. Se giró hacia Timmy:

—¡Despierta a los demás!

## Capítulo 2



Un rato más tarde, entre bostezos y tintineos de tazas de té, los amigos estaban de pie, sentados o colgados alrededor de Alfred y el cabrilador. Alfred miraba hacia abajo, hacia el texto escrito, de pie, con la espalda bien derecha, al tiempo que se colocaba bien las gafas y con paciencia esperaba a que se hiciera el silencio.

—Pues —empezó—. Como ya sabéis, algunas partes de la criptografía han sido dañadas por el viento y la lluvia, así que faltan algunas palabras aquí y allá —se aclaró la garganta—. Pero es una carta, destinada a mí, y os la voy a leer de la mejor manera que pueda:

*«Escribo este texto atormentada y solo con esperanzas vagas de que el mensaje te llegue, Alfred, mi niño. Han pasado muchos años, pero espero que todavía recuerdes a tu vieja profesora. Quien te escribe es miss Vinderfelt, de la Escuela Sansoriaskolan para Alumnos con Talento Mágico. Tengo, por desgracia, terribles noticias y se trata de algo que no puedo explicar del todo. Un hecho misterioso y extraño parece haberse producido*



de nuestro querido emperador Istradius, y una *revelación* se ha posado sobre Sansoria. Nuestro *líder*, tan brillante y considerado ha cambiado de la noche a la mañana. Lo que parece haber pasado, y *la causa* *conclusión* a la que he llegado tras darle muchas vueltas, es que *ha perdido* *la imaginación* y *la capacidad de pensar por sí mismo*. Parece que el viento se ha llevado estas capacidades.

Algo aún peor es que *resaca gente*, todos los investigadores y profesores y alumnos, *han perdido* *su capacidad de pensar por sí mismo* y les han quitado las ideas y la voluntad propias. Solo hay una cosa que les mueva: *construir una torre alta*. Una torre que el emperador Istradius les ha ordenado que construyan. Han vaciado nuestra biblioteca y *los libros* han sido abandonadas. Esta es una magia que jamás había visto antes.

Todo esto *explicó* cuando apareció una figura que se llamó a sí misma *Administrador*. Yo creo que de alguna manera él es el que tiene la culpa de todo esto.

En todos mis años de docencia tú, Alfred, fuiste mi alumno más inteligente, mi estudiante estrella, y creo que es posible que seas el único que pueda *revertir* *el hechizo* y hacer que todo vuelva a su lugar. Corremos el riesgo de perder *los conocimientos* que se han recopilado aquí durante miles de años. Envío el pájaro en el que más confío a sobrevolar los mares infinitos a través de los vientos fuertes hasta Elyzandrium para hacerte llegar este mensaje. En el fondo de mi corazón sé que de alguna manera llegará. Espero solo que cuando lo leas no sea demasiado tarde. Tienes que venir. Por favor, ¡date prisa!»



La expresión de Alfred al leer la última frase era de gravedad. Se quedó allí de pie en silencio y una arruga profunda se hizo visible entre las cejas mientras leía el mensaje una vez más, para sí mismo. Jasper y Kasper se retorcieron y lanzaron una mirada a Timmy y los otros. Timmy comprendió que esta tal *miss* Vinderfelt debía haber sido una persona importante en la vida de Alfred, alguien a quien él apreciaba de verdad. Al final Alfred levantó la mirada. Cuando habló lo hizo con voz suave, como si viniera de muy lejos y estuviera llena de muchos recuerdos.



—Cuando yo era un hombre joven, hace muchos años, me invitaron a estudiar los secretos más profundos de la magia en la ciudad insular de Sansoria, que está situada muy lejos, más allá del mar. La ciudad era conocida por todo el mundo como el centro de la ciencia y el conocimiento y allí no solo había una escuela de mucho renombre sino también la mayor de las bibliotecas del mundo conocido. Esta invitación era un gran honor, ¿lo entendéis? Así que mis padres me dejaron ir porque hasta mi padre se

daba cuenta de que había un límite a lo que él me podía enseñar. También comprendió que esa iba a ser una buena inversión para el futuro de nuestra empresa familiar. Recuerdo que el emblema del mensaje, ese con la hoja roja de siete puntas encima de un monstruo marino, era un símbolo esculpido en piedra encima de la entrada de la biblioteca. En la biblioteca había todo lo que se sabe en el mundo, en rollos de pergamino y en libros, algunos de ellos de hace varios miles de años escritos por científicos y artistas olvidados hace ya tiempo.

El protector de Sansoria, el emperador Istradius, era un hombre amable y generoso, reflexivo y prudente. Amaba los libros, y pensaba que la respuesta a todas las preguntas del futuro estaban en las historias que había en los libros, que se habían explicado durante generaciones. Yo estuve allí cuatro años, en la escuela y en las salas de la biblioteca de altos techos, bajo la instrucción de *miss* Vinderfelt, estudiando las obras vetustas. En ellas leí las viejas historias, aprendí conocimientos antiguos y perfeccioné las habilidades de magia que mi padre me había enseñado. Volví a Elyzandrium con la cabeza llena de ideas sobre juguetes mágicos. Nunca olvidaré lo que ella y la ciudad significaron para mí. Para toda mi familia. Ahora parece que la isla se encuentra en un estado espantoso.

—¡Pues en ese caso tenemos que ir allí a ayudar! —exclamó Timmy.

Alfred miró a sus valientes amigos que le miraban con cariño. Él sacudió negativamente la cabeza.

—YO tengo que ir. Solo. Temo que esta misión es demasiado peligrosa y no puedo pedir a mis amigos que me acompañen.

—¡Tonterías! —dijo Flores decidida.

—¿No crees que podamos hacerlo? —añadió Simón.

—¡Nuestros conocimientos matemáticos tendrán un valor inestimable! —añadió Jasper.

Kasper, por una vez, no pudo contradecir a su hermano y añadió:

—¡Exacto!

A Alfred le cogió desprevenido aquel entusiasmo y se hundió en un taburete.



—Haremos esto juntos, como siempre —dijo Timmy.

—No vengas con el cuento ese de que es peligroso. Alzarse contra la opresión incluso cuando hay peligros, fue lo que unió a estos ninjas valientes desde el principio, ¿o no? A mi parecer es justo eso lo que nos mueve, no lo que nos hace dar media vuelta.

Alfred miró a su amigo a los ojos amarillos.

—Pero... —empezó— esta vez no tenemos ni idea de lo que nos espera. Y ya el mero hecho de llegar a Sansoria es muy peligroso. El camino hasta allí pasa por encima del enorme mar de Kettelhavet temido por generaciones de marinos por sus corrientes malévolas y las olas, altas como rascacielos. Es mar salvaje y profundo, amigos míos, los vientos que soplan allí son potentes e inexorables, por no hablar de los escollos traidores que se esconden justo bajo la superficie. Y luego están los piratas, merodeadores que salen de repente de la niebla y se llevan botín y vidas... Hay muchas historias del temido capitán Maulbrigg y sus terribles hombres. Algunos dicen que tiene en su haber más de cien almas y que una vez venció una armada entera, solo, con una única navaja como arma —volvió a sacudir la cabeza—. No, esta misión es solo para mí. Mi conciencia no me permite otra cosa.

Aquel capitán Maulbrigg parecía ser alguien con quien Timmy realmente no quería toparse, pero se sacudió de encima el miedo y colocó una pata en el hombro de Alfred.

—Esa es una decisión que no puedes tomar, Alfred. Somos tus amigos y sabes tan bien como yo que los amigos se



ayudan cuando es necesario. A las duras y a las maduras. Incluso cuando es peligroso.

—¡Timmy tiene razón! —Simón se acercó y se colocó al lado de su amigo. En unos instantes se habían reunido todos alrededor del viejo fabricante de juguetes.

Alfred los miró, a ellos y a sus expresiones faciales decididas y empezó a soltar una pequeña sonrisa. En secreto no deseaba otra cosa que viajar en compañía de aquel grupo osado, pero era demasiado pedir y quería estar seguro de que realmente entendían los peligros que podían encontrarse.

—Luego está el tema de las estaciones del año — las corrientes y los vientos van en nuestra contra. Tendríamos que atravesar primero a pie las Montañas Negras hasta la costa y allí esperar encontrar un buque que fuera suficientemente robusto para poder cruzar el mar el con él, o a lo mejor un buen globo aerostático.

—¿Y cómo crees que nos iría con un avión? —se preguntó Flores.

—Es demasiado lejos. El combustible no nos llegaría. Y el avión solo podría transportar a dos, máximo tres.

Kasper tuvo una idea. Empezó rápido a garabatear algo en su libreta para después hacer tamborilear el lápiz en el hocico cuando los engranajes del cerebro empezaron a funcionar. Jasper miró interrogante por encima del hombro de su hermano y poco después empezó él también a dibujar algo en su libreta.

—Espera... —dijo Kasper al final agitando la libreta en el aire—. Mira esto. Las cuevas bajo la ciudad, de donde

recogemos los ingredientes para los juguetes mágicos de Alfred, algunas están llenas de agua, ¿no? ¿Y entonces, de dónde viene esa agua? Según mis cálculos exhaustivos viene del...

Jasper acabó la frase:

—¡Del mar! —se veía un bonito dibujo con olas a lo largo de toda la página. Kasper miró a su hermano con irritación. Y luego continuó:

—Sí, del mar. Así que no deberíamos necesitar llegar a la costa, sino que podemos construir un barco aquí y usar los ríos subterráneos. Al menos nos ahorraría algo de tiempo. Y por lo que he entendido hay prisa.



Alfred se lo pensó un momento.

—Pero es que muchos de los túneles van por debajo de la superficie del mar y es de suponer que estarán llenos de agua hasta arriba. Nos ahogaríamos.

Kasper no había pensado en esto y la mano en la que sostenía la libreta se hundió, al tiempo que sintió algo de vergüenza. Había deseado con todas sus fuerzas que sus cálculos, por una vez, fueran correctos. En ese momento se levantó Flores.

—Aún puede funcionar. Si construyo un submarino —dijo.

—¿Un qué? —Kasper nunca había oído hablar de algo parecido.

—Un barco que va por debajo del agua. Cerrado del todo. Para que no nos ahogemos. Con un timón y un gran motor. Yo vi uno en un libro una vez.

Los demás parecían chocados. Kasper sonrió y sintió que de alguna manera se su honra se había restituido.

—¿Y tú sabes cómo se construye un aparato de esos? —preguntó Timmy.

—Pues claro. Construí un avión así que construir un submarino no ha de ser tan difícil, ¿no?

Nadie podía, en realidad, argumentar contra aquella lógica. Todos sabían que cuando a Flores se le metía algo en la cabeza podía conseguir casi cualquier cosa. Ella continuó:

—Así no tendríamos que preocuparnos por las olas gigantes, las corrientes o los escollos ni por el temido ca-



pitán Maulbrigg y sus piratas. Pasaríamos “por debajo” de todo eso. Y encima iríamos rápido. Mucho más rápido que con un barco convencional o un globo. Si trabajamos juntos podemos tenerlo listo en nada. Ya he pensado un diseño bonito, naranja con rayas oscuras. Con un gran motor, a ser posible de ochenta-y-ocho cilindros si podemos conseguirlo, y muchos tubos de escape y hélices que giren súper fuerte para que podamos ir a la velocidad del viento. Quizá pueda también tener algunas ventanas para que podamos ver por dónde vamos. Y Alfred podría añadirle algunos dispositivos mágicos, ya sabéis, de esos que hacen cosas mágicas. Todos tendréis una tarea y ayudaréis a construirlo. Los Gribble pueden levantar todo lo que sea pesado.



Dijo esto con un entusiasmo tal y una seguridad que nadie quiso ni soñar con otra solución. Sin duda aquella era la mejor alternativa. Timmy le sonrió, pero Flores estaba tan presa de la situación que no se dio ni cuenta. En los ojos le brillaba la determinación. Timmy apartó la mirada y encontró otra cosa interesante que mirar.

Y así fueron las cosas. La decisión estaba tomada y empezaron a construir el submarino la mañana siguiente. O, de hecho, ya había llegado la mañana y los claros rayos de sol se posaron suavemente sobre las herramientas y los aparatos mecánicos del taller.

Como para mostrar que el día ya había empezado se oyó un alteo en la abertura de la puerta y Kurt entró en el taller. Encontró un sitio conveniente en lo alto de una librería y se sentó allí. Todos se giraron para mirarle. Graznó alto una vez, seguramente para decir “buenos días” en su lengua. Le pusieron cuencos con semillas y agua y Kurt desayunó bajo la atenta mirada de todos. Luego volvió a graznar, seguramente para decir “empezad a trabajar” y todos obedecieron poniéndose en movimiento.

Se repartieron el trabajo entre ellos. Timmy y Simón salieron a buscar chatarra que pudieran usar como material de construcción. Flores, sentada en un escritorio, empezó a dibujar planos de la nave submarina y Jasper y Kasper hicieron los cálculos para el motor, que prometieron que sería muy potente. Alfred desapareció en su despacho para inventar algunos dispositivos mágicos que pudieran ayudar a la nave a encontrar el camino correcto. Y que quizá

también podrían ser útiles ante encuentros inesperados en el camino.

